

LA JUVENTUD CON EL PAPA

Podría haberse encabezado este artículo con el más sugerente título de *Los Papaboys*, aun a riesgo de que quizá hubiera parecido discriminatorio con respecto a *Las Papagirls*. Pero no es momento para andarse con injusticias, ni siquiera aparentes, puesto que en realidad las chicas son tan *fans* del Papa como los chicos. Lo de *fans*, como se sabe, es un desafortunado aunque cariñoso barbarismo que funciona como apócope sustituyendo a los vocablos *fanáticos* y *fanáticas*. Por supuesto que hemos tenido en cuenta el posible disgusto de los Movimientos feministas, y de ahí que hayamos cambiado el epígrafe. Si bien queremos dejar constancia, de todos modos, que bastante nos hubiera gustado incorporar definitivamente a nuestro acervo esas y otras palabrejas, a fin de colaborar y hacernos eco del montón de ingenuidades que viene acumulando, ya desde hace tiempo, la mal llamada *Real Academia Española de la Lengua*.

Sea de ello lo que fuere, aquí nos referimos a esa ingente Juventud que, según nos recuerdan los *media* con encomiable frecuencia, desborda en efusiones de amor y devoción hacia el Papa. Y con ser tan numerosa, reúne sin embargo las condiciones para ser considerada como una compacta elite, o como un selecto grupo de pretorianos —y de pretorianas, desde luego— cuya indiscutible catolicidad y profundo cariño les llevaría a dar la vida por el Papa, si fuera preciso. . . , y si fuera verdad. Afortunadamente nunca hasta ahora ha sido necesario llegar a ese extremo, por lo que hemos de basarnos en conjeturas que, no obstante, nadie en su sano juicio se atrevería a poner en duda (aparte de nosotros, claro está).

La Iglesia oficial española, movida probablemente por la tranquilidad existente y la ausencia de problemas a los que dedicarse, se ha dado con frecuencia a la loable tarea de realizar Encuentros de la Juventud con el Papa. Extraordinarios eventos que, además de impulsar con nuevos ánimos el catolicismo de los Jóvenes, proporcionan también de paso enormes posibilidades para llevar a cabo esforzados preparativos; los mismos que consumen un tiempo que, de otro modo, sería difícil encontrar el modo de aprovecharlo. Para los muchos que viven preocupados por la situación de la Juventud, y más especialmente para los alarmistas de siempre, que piensan que los Jóvenes han desertado en masa de la Iglesia, se vislumbran así horizontes tan optimistas como esperanzadores.

Por eso sería conveniente recordar a semejantes pesimistas otros Encuentros de Jóvenes junto al Papa. Como el celebrado en Sidney (Australia), por ejemplo, en el año 2008. Una tumultuosa y aparatosa concentración de Jóvenes que, sin embargo, no logró superar la grandiosidad de la que tuvo lugar en Colonia (Alemania) en el año 2005, recién elegido Papa Benedicto XVI.

Con respecto a esta última, siempre es agradable evocar algo de lo que allí tuvo lugar. Como, por ejemplo, la espectacular llegada del Papa a Colonia para la inauguración del Encuentro. La cual se realizó navegando a través del Rin en una bella nave escoltada por cinco canoas; cada una de ellas tripulada, a su vez, por jóvenes de cada uno de los cinco continentes.

¿Y cómo olvidar las tumultuosas, bulliciosas y entusiastas concentraciones de Jóvenes que el Papa Juan Pablo II poseía el don de convocar en sus frecuentes viajes? ¿O los exaltados y estentóreos sentimientos, expresados en exclamaciones casi rayanas en la histeria, que tuvieron lugar a la muerte de este Pontífice? Todo el mundo recuerda los acontecimientos de aquellos días: *¡Santo súbito, santo súbito...!*, gritaba hasta enronquecer la enardecida muchachada.

... Y así sucesivamente. ¿Dónde queda entonces esa visión apocalíptica de la realidad, según la cual la Juventud casi en su totalidad ha desertado de la Iglesia...?

De acuerdo. Sin embargo, y a pesar de todo lo dicho, tal vez sería conveniente examinar, serena y despaciosamente, la realidad de los hechos.

A partir del momento —hecho histórico que viene a coincidir aproximadamente con la muerte de Pío XII— en el que la Teología católica abandona la filosofía tomista del *ser* para sustituirla por la idealista del *parecer*, el mundo, y junto con él la Iglesia, se han venido acostumbrando a conceder más importancia al *aspecto* de las cosas, o a los *sentimientos* que pueden suscitar, que a su *contenido real*. Desde entonces ya no importa tanto la verdad o la auténtica naturaleza de las cosas, *cuanto lo que se decide pensar acerca de ellas*. Por lo que hace al ámbito de la Pastoral —que es el que aquí nos interesa—, y si nos atenemos al campo de la predicación, podremos darnos cuenta enseguida que ya no importa tanto la proclamación de la verdad *cuanto la cháchara de lo que la gente desea oír*.

Por todo lo cual, dado el peligro real de que podamos encontrarnos ante un nuevo montaje en forma de espectáculo, aun sin pretenderlo, parece conveniente examinar con cierta atención estas nuevas modalidades de actuación eclesial. Pues cabe la posibilidad de que, a fin de cuentas, todo el conjunto quede reducido a movimientos de masas —en este caso de jóvenes—, fervorosas y enardecidas al parecer, pero cuyo contenido real de vida cristiana, o bien falte por completo... , o bien quede reducido a un mero barniz superficial. ¿No podría ocurrir que estuviéramos ante un caso de Jóvenes, más predisuestos al bullicio y a la diversión que al amor y a la devoción al Papa...? Y sin que hubiera que imputarles a ellos el grado mayor en el orden de la culpabilidad.

Una cosa que llama poderosamente la atención es el hecho de que las empresas y actividades eclesiales nunca suelen elaborar lo que en el argot financiero suele llamarse *análisis de resultados*.

Justamente lo contrario de lo que sucede en la vida civil. Donde cualquier empresa, grande o pequeña, se ve obligada a llevar a cabo un minucioso estudio de los resultados obtenidos; que pueden consistir en pérdidas o en beneficios. Es lógico que toda gestión comercial ponga cuidado en atender al éxito o fracaso de sus actividades: si se obtienen ganancias o dividendos; y cómo y porqué se consiguen los beneficios; o bien si se producen pérdidas, además de las causas de que suceda tal cosa. De no hacerse así, no sólo es improbable que se contabilice un aumento de productividad, sino que incluso puede darse lugar, casi con toda seguridad, a la ruina de la empresa.

En las actividades eclesiales nunca se buscan ganancias a traducirse en dinero (aunque también existen expertos capaces de convertirlas en negocios sumamente lucrativos). Los dividendos de estas actuaciones se refieren exclusivamente al mundo de lo sobrenatural, concretado en este caso en el mayor bien y aprovechamiento de las almas, a saber: la extensión y el incremento entre los hombres de la vida cristiana.

Sin embargo, es ese carácter precisamente lo que hace que aquí sea aún más importante el examen de los resultados. Puesto que lo que está en juego no son ya beneficios de índole económica, sino la salvación de los hombres. De ahí que *sería cosa de locos dejar de examinar este punto*.

Debe tenerse en cuenta que aquí no pueden medirse el éxito y los buenos resultados por el número de asistentes al acto; ni por su repercusión entre los *media*; ni por la magnitud o la intensidad de los gritos de entusiasmo y aclamaciones producidos en el acontecimiento de turno, los cuales tampoco serían difíciles de provocar gracias a

las modernas técnicas del manejo de masas; ni por las leyendas o lemas exhibidos en las pancartas o los eslóganes pregonados a coro con entusiasmo. Sino *sólo y únicamente por el incremento de vida cristiana que se haya producido —o que haya dejado de producirse— en los Jóvenes.*¹

**Durante el *Encuentro* de Jóvenes celebrado en Australia (Sidney, Julio del 2008), Su Santidad Benedicto XVI afirmó en algún discurso que *Australia había tenido ocasión de conocer el rostro joven de la Iglesia.* Una hermosa frase, sin duda alguna veraz y merecedora de plena acogida, dada la Persona por quien fue pronunciada.

**Sin embargo, como todo el mundo sabe, tanto en las grandes o pequeñas empresas dedicadas a los negocios, como en las que organizan movimientos sociológicos de envergadura, los *análisis de resultados* no suelen tener en cuenta ni el contenido ni el encanto de las bellas frases; puesto que en modo alguno experimentan la necesidad de sentirse vinculados a la Literatura o la Poesía. En realidad se trata de estudios concienzudos, elaborados mediante la aportación de minuciosos cálculos de datos económicos, financieros y estadísticos de diversa índole. Los cuales examinan con pulcritud las vicisitudes experimentadas hasta por el último centavo, en un intento por concluir, como cuestión vital, si la gestión ha resultado con un saldo de pérdidas o de ganancias.

**Indudablemente los *Encuentros* de Jóvenes con el Papa, o *Jornadas Mundiales de Juventud*, no pertenecen a ese ámbito de actividades. Lo que tampoco debe ser óbice para que se examinen con diligencia sus resultados. Al fin y al cabo también se trata de un *negocio*, aunque referido en este caso exclusivamente al bien de la

¹El texto señalado (**), transcrito a continuación, está tomado del libro del autor *Siete Cartas a Siete Obispos*, vol. I, Shoreless Lake Press, Stewartville, New Jersey, 2009, pags. 275–277.

Iglesia y a la salvación de las almas. Y es en este sentido donde tales *Encuentros* han dado ocasión a algunas observaciones de carácter negativo que, no por cuestionables, deben dejar de ser tenidas en cuenta, dado que se fundamentan en hechos patentes e imposibles de negar.

**Se sabe con toda certeza, por ejemplo, acerca de la actividad desplegada entre los jóvenes asistentes por grupos de activistas promotores de la homosexualidad y del lesbianismo, así como también del trabajo realizado por las sectas protestantes y propagandistas judíos, los cuales han llevado a cabo una labor incansable y a menudo bastante fructuosa. Igualmente evidente ha resultado la profusión y circulación de anticonceptivos, así como el uso del sexo y el consumo de droga (existen también documentos gráficos que no admiten duda). Dado además que en estos actos de culto de carácter tumultuoso existe la costumbre de recibir la Eucaristía indiscriminadamente, la profanación en masa del Cuerpo del Señor es algo más que una mera posibilidad. Por otra parte, ni en este último ni en los demás *Encuentros* ha podido apreciarse resultado alguno en cuanto al incremento de la vida cristiana de los jóvenes, puesto que las cosas han continuado, de regreso a los respectivos países, *exactamente igual que antes*; e incluso se ha comprobado una importante regresión en su Fe que ni siquiera ellos mismos han tratado de ocultar.

**Sin embargo, todo parece indicar que existe satisfacción general con el hecho de que tales acontecimientos se hayan celebrado, simplemente y sin más; como si ése, y no otro, hubiera sido el único objetivo propuesto. Con todo, es cierto que todos los datos negativos aportados pueden ser cuestionados si alguien se empeñara en hacerlo —cosa que siempre ocurre—. Aunque existe, sin embargo, un hecho que es absolutamente indiscutible: *la tremenda realidad de que nadie parece haberse cuidado de examinar los resultados producidos por los Encuentros.*

**¿Acaso no se había pensado en otro objetivo que en el mero hecho de celebrarlos...? Lo razonable, como es lógico, es dar por supuesta la existencia de los suficientes motivos pastorales capaces de justificarlos. Pero, de ser así, ¿han procurado los analistas de Pastoral, una vez llevado a cabo el acontecimiento de turno, examinar concienzudamente sus resultados (favorables o no, sin dejar de tener en cuenta también los elementos negativos en concurrencia)? En todo caso, ¿dónde y cuándo se han hecho públicos los resultados de tales investigaciones? La verdad es que los pocos que se han atrevido a formular reparos han sido inmediatamente silenciados y, por supuesto, tachados de preconciarios, tradicionalistas, enemigos del progreso y, sobre todo, ajenos al *espíritu* del Concilio Vaticano II. Y de todos es sabido que la apelación al *espíritu del Concilio* es el arma secreta, pero eficaz, esgrimida por la Teología *progre* para descalificar a quienes intenten oponer algún reparo a sus doctrinas.

Es indudable que los cambios introducidos con motivo de la nueva Teología, reflejados a su vez en la nueva Liturgia y la nueva Pastoral, han sumido a muchos en la confusión. Son demasiadas las ovejas del Rebaño de Jesucristo que andan desorientadas. . . , aunque no pueda decirse exactamente lo mismo con respecto a los Jóvenes.

Pero entonces, si lo dicho no tiene aplicación a los Jóvenes, ¿acerca de qué venimos hablando?

No puede asegurarse, en efecto, que los Jóvenes de las actuales generaciones se encuentran desorientados, *por la sencilla razón de que nunca han estado enteramente orientados*. Pues no es posible descarriarse sin encontrarse primero dentro del carril.

Efectivamente, se puede pregonar a los cuatro vientos que *la Juventud está con el Papa*; airear eslóganes o emblemas que los Jóvenes vitorean con aparente improvisación, como el *Totus tuus* u otros semejantes; proclamar *Manifestos*, elaborados en *Concilios de Jó-*

venes —en los que más bien se advierte que han sido redactados por ancianos—, dirigidos a los adultos o a una burguesía *enemiga del progreso*, etc., etc. En realidad son muchas las cosas que se pueden hacer, siguiendo la pauta triunfalista que hace extensiva la *Primavera* eclesial también a la Juventud.

Pero la verdad, que de todas formas se impone a sí misma de modo irrefutable a través de la evidencia de los hechos, deja bien patente que *la Juventud, al menos en su generalidad, ni está con el Papa ni está con la Iglesia*. Lo cual puede escandalizar y sonar mal a los oídos piadosos, que se empeñarán en negarlo, como casi siempre suele ocurrir. El problema estriba, sin embargo, en que quienes lo niegan son incapaces de explicar ciertos hechos que están ahí: como la total falta de vocaciones, tanto en seminarios como en noviciados y a la vida consagrada en general; o la deserción general de los Jóvenes con respecto a los actos de culto y a la práctica de sacramentos. Por lo demás, igualmente se puede negar cualquier aforismo, como el que establece que el todo es mayor que la parte, o incluso la simple cuenta numérica de que dos y dos son cuatro.

De todos modos sería falso, además de injusto, pretender que la universalidad de los Jóvenes, junto a la totalidad de la Pastoral católica funcionan así. Todavía hay Jóvenes e Instituciones católicas juveniles que conservan el frescor y la vitalidad de la Iglesia de siempre, y aún sigue siendo verdadera la exhortación del apóstol San Juan: *Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno.*² Sin embargo se trata de minorías. Porque si nos referimos a la generalidad de la Juventud, a la que todo el mundo contempla cada día, el análisis esbozado más arriba aún no llega a reflejar enteramente la gravedad del problema.

²1 Jn 2:14.

Por supuesto que todo el mundo estará de acuerdo en que la crítica por sí sola no resuelve las dificultades. Pero aquí sólo se pretende llamar la atención acerca de la posible necesidad de dar un nuevo enfoque a la Pastoral de los Jóvenes, ante la posibilidad de encontrar en ella determinados aspectos que deban ser revisados con urgencia para hacer frente a las cuestiones planteadas. Al fin y al cabo, ésta es una de las que más fuertemente están incidiendo en la vida de la Iglesia.